

Aquellos Golem, nuestros Golem

por Enrique Carlos Segura Meccia

Supongo que no resultaré muy original si afirmo que el título de este proyecto que nos convoca es la mejor metáfora de sí mismo: un concurso de materiales en cantidad y calidad encomiables –materiales humanos en este caso; este sería, a mi entender, un golem suprapersonal, supraindividual-, a la espera de recibir forma, o formas, esto es, dirección, sentido, estructura. A la espera (si algo he entendido de la rica y múltiple y también oscura historia de los significados y connotaciones de la idea del golem a través de los tiempos) del conjuro, de las palabras que, pacientemente buscadas e ingeniosamente encontradas, son capaces de insuflar ese aliento vital, ese espíritu, ese significado o juego de significados en aquello que es pura potencia a la espera del acto.

Para aquellos que profesamos el esquivo oficio de intentar comprender la inteligencia –casi como un perro queriendo morderse la cola, y por favor no me pregunten ahora qué diablos es para mí la inteligencia- como viene dada en el mundo natural, a través de las construcciones y modelos formales de las matemáticas, de la computación o de la física y, a la vez, robar, apropiarnos de los secretos que ese mundo natural esconde celosamente y plasmarlos, replicarlos en nuestras propias construcciones, la metáfora golémica resulta gratamente adecuada. Me explico por si hace falta (como dije al comienzo, acaso todo esto es muy obvio para la mayoría de los presentes).

Decir Naturaleza, Mundo Natural, como dije ya un par de veces, no es muy distinto de decir Dios. Porque supone unidad de sentido, que es la unidad orgánica de un todo, de un sistema único que, si bien me incluye, nos incluye a todos los humanos, también se nos presenta como “lo otro”, como aquello que nos es posible objetivar con el solo acto de mentarlo, de parar mientes en él. En otros términos, por medio de la palabra. Digo “el Mundo” y ya he impuesto una distancia dentro de mi indisoluble unidad con ese Mundo.

Ahora bien, hace un rato usé las palabras “robar”, “apropiar” y hablé de algo secreto, algo que está cifrado en ese Dios, en ese Mundo, y que todo aquel que aspira a hacerse de un conocimiento debe desentranar, con los medios de que dispone de acuerdo a su arte o técnica particular. En mi caso –yo trabajo en Redes Neuronales- y en el de muchos de mis colegas, ese arte es el de los modelos formales –matemáticos, físicos, computacionales, como dije. Pero sean cuales fueren esos medios, se trata siempre de ejercer un acto de violencia sobre el mundo natural y vencer la resistencia de sus materiales, un “tomar por asalto” –para usar una metáfora prestada, cara a los filósofos- la cámara donde se guardan sus arcanos y se atesoran los libros sagrados en cuyas páginas –o quizá tan sólo en una línea de una página de uno de ellos- se halla escrito el Nombre.

Y qué es el Nombre para nosotros? Bueno, para nosotros el Nombre o la Palabra o el Verbo incluye, me temo, algo más que las cuatro letras que Judah Loew imprimió sobre la frente de su criatura. Para nosotros un posible nombre sería una sucesión de teoremas afirmando tímida, circunspectamente la posibilidad de un Golem con habilidades restringidas y en determinadas condiciones. Otro nombre podrían ser las diez mil líneas de código fuente de un programa o sistema de programas que permiten que una computadora resuelva inteligente o pseudo-inteligentemente tal o cual familia de problemas. Nombres provisorios, conjeturales en cualquier caso, siempre sujetos a revisión, a cambios infinitesimales, con la esperanza de sólo de tanto en tanto hallar una nueva combinación, dar un salto cuántico que nos acerque un poquito más a ese siempre

evanescente, acaso incognoscible y casi seguro impronunciable Nombre de los Nombres. Cuya posesión implicaría para nosotros poder replicar la vida, pero ya no por *participación* o reflejo de un poder ajeno, como en el caso del Rabí de Praga, sino porque ahora poseeríamos los secretos que Dios –la Naturaleza, el Mundo- ha venido guardando celosamente desde el principio de los tiempos.

Ahora pienso que este “tomar por asalto” nuestro objeto de conocimiento –que es también nuestro objeto de deseo- le valió al hombre ya una vez, hace mucho tiempo, ser expulsado de la Gracia y de la inocencia. Sin embargo aquí estamos, perseverando en la insolente pretensión de saber tanto como Dios. Algo que, sospecho, nunca lograremos – suena mal que yo, un científico, anada que esa sospecha es para mí es un alivio?- y que precisamente por eso, y valiéndome de otra metáfora prestada, nos sentencia a vagar por las cavernas produciendo sombras cada vez más fieles al original, sucesiones de Golem cada día mas ingeniosos o útiles o serviciales. A la espera, acaso infructuosa, de poder salir algún día de la caverna y enfrentarnos a la luz del Sol que, sabemos, para los antiguos simbolizaba el supremo Bien, la suprema Belleza, la suprema y perfecta Verdad que sólo es patrimonio de Dios.

28/9/03